# LITURGIA PENITENCIAL

Según la sana tradición del pueblo de las alianzas, no basta con pedir perdón por los pecados propios. Las Escrituras enseñan cómo los israelitas pedían perdón por los pecados del pueblo, por los mismos padres. La lacra del individualismo hace que perdamos conciencia de la relación que nos une a los demás en la gracia y en la historia de pecado. La persona crece y se realiza siendo solidaria con los demás. ¡Asumir la historia!

Al iniciar la Eucaristía, anticipo del banquete del Reino, juntos pedimos perdón por el pecado propio y ajeno. En comunidad nos reconocemos pecadores e infieles al designio de Dios sobre el mundo. Jesús, el Cordero inmolado y triunfador, vino para quitar el pecado del mundo. En la liturgia penitencial debemos tener muy presente esta perspectiva. No se trata de juzgar al mundo, sino de amarlo con aquel mismo amor con el que Jesús derramó su sangre para la remisión de los pecados de la entera humanidad.

En esta perspectiva, es interesante según creo, tomar conciencia de la dimensión sacerdotal de Jesús, que cargó con nuestros pecados, con nuestra carne de pecado, para recrear a la humanidad, para hacer de todo hombre y mujer una nueva criatura en él. Su sacerdocio celeste nos revela que él sigue intercediendo por la humanidad entera ante el Padre. Nosotros, los bautizados, partícipes de su sacerdocio, debemos asociarnos a su intercesión por todo ser humano, para que nadie sea esclavo del pecado. Estamos llamados a unirnos a Cristo en su lucha contra el pecado y a favor del pecador. La plenitud de los tiempos acontece en la Pascua del Cordero inmolado, en la exaltación del Crucificado a la derecha del Padre. El Concilio Vaticano II, conviene tenerlo muy presente, refrescó la memoria de la Iglesia al afirmar:

> En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. *Hch* 10,35). Sin embargo, ***fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente***. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí. Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne. «He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, dice el Señor» (*Jr* 31,31-34). Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. *1Cor* 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. *1P* 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. *Jn* 3,5-6), pasan, finalmente, a constituir «un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (*1P* 2, 9-10). (LG 9)

Para una mejor vivencia de nuestra participación como pueblo de Dios en el sacerdocio de Cristo, he pensado que sería bueno saborear algunas de las liturgias penitenciales del Antiguo Testamento. En ellas se vislumbra ya el designio divino de liberar al pueblo de la esclavitud del pecado.

La carta a los Hebreos nos ofrece esta joya. «En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: Hijo mío,

no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos. (Heb 12, 1-6)

## I.- LA PETICIÓN DE PERDÓN EN LA TERCERA PARTE DEL PROFETA ISAÍAS (Is 56-66)

Los comentaristas actuales reconocen en el libro de Isaías tres partes. Nuestra meditación se centra en la tercera parte, pero conviene tener presente, que los temas abordados en esta tercera parte están en conexión con las otras dos partes. Por esta razón hago una pequeña introducción, para situar la petición de perdón.

### 1.- El contexto de la celebración penitencial.

El libro comienza con la denuncia del pecado del pueblo y la llamada a la conversión, con la confianza que Dios puede recrearnos del pecado. El perdón de Dios recrea al pecador.

> Oíd, cielos, escucha tierra, que habla el Señor: «Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende»… Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra… Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y discutiremos —dice el Señor—. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana. 19 Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada —ha hablado la boca del Señor—». (Is 1, 2ss)

El relato de la vocación del profeta Isaías es también muy significativo. Ante la visión del Dios tres veces santo, Isaías se reconoce un hombre de labios manchados en medio de pueblo de labios manchados. Teme haber visto al tres veces santo y confiesa su pecado como miembro de un pueblo pecador. Dios envía a uno de los seres de fuego que purifica los labios del profeta, de modo que ya pueda hablar en nombre del Santo. Purificado, el profeta podrá denunciar el pecado, llamar a la conversión y a la esperanza.

La segunda parte del libro profético, el libro de la consolación, se inicia con estas palabras evocando el Exilio y la vuelta del mismo por la acción del Señor. Es un texto de gran ternura, que busca fortalecer al pueblo, para abordar una nueva etapa.

> «Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados». Una voz grita: «En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos —ha hablado la boca del Señor—». Dice una voz: «Grita». Respondo: «¿Qué debo gritar?». «Toda carne es hierba y su belleza como flor campestre: se agosta la hierba, se marchita la flor, cuando el aliento del Señor sopla sobre ellos; sí, la hierba es el pueblo; se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre». Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: «Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda. Mirad, viene con él su salario y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían». (Is 40, 1-11)

La tercera parte del libro de Isaías es una exhortación a la conversión, dirigida al pueblo recreado después de la prueba del Exilio. El profeta expresa el deseo del Señor en estos términos: «Así dice el Señor. Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar y se va a revelar la victoria. Dichoso el

hombre que obra así, dichoso el mortal que persevera en ello». (Is 56, 1-2) La realidad del pueblo vuelto de Exilio seguía siendo muy diferente a la deseada por el Señor.

Los pastores del pueblo elegido no estaban a la altura. Israel se hundía, una vez más, en la idolatría. Los delitos abundaban. Las prácticas religiosas, como el ayuno, se pervertían y manipulaban. El pueblo se rebelaba contra el que le había dado la vida y vuelto a reunir. Estamos ante un pueblo terco y de dura cerviz.

El profeta carga contra el pecado, causa de los males que corroían al pueblo. El pecado hacía que este caminase en oscuridad, como ciego. Por ello anda Israel a tientas y necesita ser edificado por extranjeros. A pesar de todo, Dios intervendrá y salvará a su pueblo de las consecuencias del pecado. (cf. Is 59)

Luego, el profeta invita a volver al Señor, sabiendo que él intervendrá una vez más, para salvar al pueblo elegido. «¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora… (Is 60, 1ss)

El profeta anuncia a Israel las maravillas que la presencia de Dios obrará en la ciudad amada por él. Dios será su luz perpetua. «Ya no será el sol tu luz de día, ni te alumbrará la claridad de la luna, será el Señor tu luz perpetua y tu Dios tu esplendor. Tu sol ya no se pondrá, ni menguará tu luna, porque el Señor será tu luz perpetua: se cumplirán los días de tu luto. En tu pueblo todos serán justos, por siempre poseerán la tierra: es el brote que yo he plantado, la obra de mis manos, para mi gloria.» (60, 19ss; Ap 2, 23; 22, 5)

La misión del profeta es comunicar, dar una buena noticia a los que sufren, a los pobres y oprimidos por el peso del pecado del mundo, al tiempo que invita a la conversión. Esta misión es la que Jesús, el Mesías, llevó a cabo de manera insospechadamente nueva, ungido con el Espíritu del Señor.

> *El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza de nuestro Dios, para consolar a los afligidos, para dar a los afligidos de Sión una diadema en lugar de cenizas, perfume de fiesta en lugar de duelo, un vestido de alabanza en lugar de un espíritu abatido*. (Is 61, 1-3; cf. Is 42, 1-4; Lc 4, 18s)

**2.- La intervención salvadora de Dios.**

El Señor interviene y las viejas ruinas serán restauradas. La nueva Jerusalén será una realidad. Se revelará el amor y preferencia del Señor por ella. «El Salvador llega a Israel y la salvación se hará visible. Ha hablado el Señor. El Señor hace oír esto hasta el confín de la tierra: «Decid a la hija de Sión: Mira a tu salvador, que llega, el premio de su victoria lo acompaña, la recompensa lo precede». Los llamarán «Pueblo santo», «Redimidos del Señor», y a ti te llamarán «Buscada», «Ciudad no abandonada». (Is 62, 11-12)

Una vez más, el pueblo débil y terco, será visitado por la misericordia de Dios. Y es precisamente a la luz del amor fiel, misericordioso y compasivo, que el profeta hace comprender al pueblo la gravedad y enormidad de su pecado. ***Israel, con su pecado, contrista al Espíritu del Señor*** que ha hecho todo por él. Dios actúa no obstante de forma muy diferente a los grandes de este mundo. Recordemos lo que escribía el sabio: «El rico ofende y encima se irrita, el pobre es ofendido y encima se excusa.» (Eclo 13, 3) El «desquite» de Dios se realiza mediante el don de su propio Hijo enviado a evangelizar a los pobres. ¡Contemplemos y gocemos!

**3.- la confesión de la comunidad creyente.**

A continuación, ante la intervención salvadora de Dios, tiene lugar una especie confesión de la comunidad de fe a la luz de la victoria del Señor. Con su justicia, fidelidad, compasión y ternura, Dios denuncia la gravedad del pecado. Veamos ahora unos pequeños puntos de la oración penitencial de la fe israelita.

La oración, después de narrar la victoria del Señor que avanza lleno de fuerza, que sentencia con justicia y salva al pueblo de los opresores, comienza recordando la histórica de salvación. En ella se muestra lo que Dios ha hecho y la ingratitud del pueblo rebelándose. El pecado es la expresión de la rebelión e ingratitud del pueblo ante lo que el Señor ha hecho por él en la historia.

> Quiero recordar la misericordia del Señor, las alabanzas del Señor: todo lo que hizo por nosotros el Señor, sus muchos beneficios a la casa de Israel, que llevó a cabo con compasión, y su gran misericordia. Él dijo: «***Son mi pueblo, hijos que no engañarán***», ***y fue su salvador en todas sus angustias***. No fue un ángel ni un mensajero, ***fue él mismo en persona quien los salvó, los rescató con su amor y su clemencia, los levantó y soportó, todos los días del pasado***. ***Pero ellos se rebelaron contra él, contristaron su santo espíritu***. Él se convirtió en su enemigo y luchó contra ellos. Entonces el pueblo se acordó de los días de antaño, de Moisés: «¿Dónde está el que los hizo pasar por el mar, ***el pastor de su rebaño***, el que infundió en su interior su santo espíritu, el que hizo caminar a la derecha de Moisés su brazo glorioso, el que dividió las aguas ante ellos, ganándose un renombre perpetuo, el que los hizo pasar por el fondo del mar, como caballos por la estepa, sin tropezar?». ***Como a ganado que baja al valle el espíritu del Señor los condujo a su reposo. Así condujiste a tu pueblo, ganándote un nombre glorioso***. (63, 7-14)

El orante, tras narrar cómo fue ***Dios en persona quien salvó al pueblo de su propiedad***, que él se consagró, pide una nueva intervención del Señor a fin que haga posible ***la vuelta del pueblo a él***. ***Es una forma de pedir el don de la conversión***. El orante es consciente, y no siempre lo tenemos bastante presente. Sin la iniciativa divina, expresada de formas diferentes, el pueblo terco se resiste a entrar en la fiesta del Padre. ***El profeta presenta al Señor como el pastor y el padre del pueblo***. Evoca así la ternura y misericordia de Dios. Los patriarcas aparecen como simples instrumentos. «***Tú, Señor, eres nuestro Padre***.»

> Contempla desde los cielos y mira desde tu morada santa y gloriosa. ¿Dónde están tu celo y fortaleza? ¿Es que han sido reprimidas tu entrañable ternura y compasión hacia nosotros? ¡***Tú eres nuestro padre***! Abrahán nos desconoce, Israel nos ignora. ***Tú, Señor, eres nuestro padre***, tu nombre desde siempre es «***nuestro Libertador***». ¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. Por poco tiempo tu pueblo santo había poseído su heredad, cuando nuestros enemigos pisotearon tu santuario. Somos desde hace tiempo aquellos sobre los que tú ya no gobiernas, los que no llevamos ya tu nombre. ¡***Ojalá rasgases el cielo y descendieses***!
>
> En tu presencia se estremecerían las montañas, lo mismo que el fuego abrasa los arbustos, y como el fuego hace hervir el agua; ***así harías conocer tu nombre a tus adversarios***. Ante ti temblarían las naciones cuando ejecutaras portentos inesperados: «Descendiste, y las montañas se estremecieron». Jamás se oyó ni se escuchó, ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por quien espera en él. ***Sales al encuentro de quien practica con alegría la justicia y, andando en tus caminos, se acuerda de ti.***
>
> ***He aquí que tú estabas airado y nosotros hemos pecado***. Pero en los caminos de antiguo seremos salvados. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un vestido manchado; todos nos marchitábamos como hojas, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. ***Nadie invocaba tu nombre, nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano. No te irrites, Señor, en demasía, no recuerdes por siempre nuestra culpa: mira que somos tu pueblo***. Tus santas ciudades se han vuelto un desierto. Sión es un desierto, Jerusalén un yermo. Nuestro templo, santo y magnífico, donde te alabaron nuestros padres, ha sido devorado por el fuego, y todo cuanto amamos se ha convertido en ruinas. Ante todo esto, Señor, ¿puedes contenerte, callarte y afligirnos sin medida? (63, 15-64, 11)

Estamos ante una súplica marcada por la libertad filial. El pueblo se dirige al Señor como a su «padre», pidiéndole se deje tocar en sus entrañas paternas. La oración no nace del miedo, sino de saberse amado más allá de la gravedad de su pecado. Israel es consciente que su salvación se encuentra en el amor y ternura del Señor. El pueblo pide su intervención salvadora. En su confianza suplica, con atrevimiento, que descienda para salvarlo. ¡***Ojalá rasgases el cielo y descendieses***! No se limita a pedir cosas al Señor, sino que intervenga de forma personal, para rescatarlo de su situación dramática, consecuencia del pecado.

Israel no busca justificarse ante el Señor. Reconoce su pecado y pide que se conmuevan sus entrañas, e intervenga para salvarlo. En un texto maravilloso del profeta Oseas encontramos esta misma perspectiva de la oración. La diferencia radica en que es Dios quien se conmueve ante la rebeldía de su pueblo, incluso antes que lo pida el pueblo. He aquí la queja y la reacción del Señor.

> Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los baales, ofrecían incienso a los ídolos. Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer. Volverán a la tierra de Egipto, Asiria será su rey, ya que rehusaron convertirse. Se abatirá la espada sobre sus ciudades, aniquilará sus defensas, los devorará por culpa de sus decisiones. ***Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto pero el ídolo no puede salvarlos. ¿Cómo podría abandonarte, Efraín, entregarte, Israel? ¿Podría entregarte, como a Admá, tratarte como a Seboyín? Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas. No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros, y no me dejo llevar por la ira***. (Os 11, 1-9)

Dios no es como el hombre. No lo olvidemos. Con mucha frecuencia proyectamos en él nuestra manera de comprender la justicia y el amor. Así nos formamos de él una imagen distorsionada. Es una de las grandes cuestiones de las religiones. Hacemos un dios a nuestra imagen y semejanza, un ídolo.

Resulta interesante centrarse un momento en la respuesta de Dios al orante, esto es, su iniciativa. Él se adelanta a responder a los que no le preguntaban ni buscaban. Había creado hijos que no engañarían y no fue así. Había respetado su libertad, a pesar que sus hijos no hacían lo que deseaba de ellos. Él siempre estuvo disponible, pero ellos prefirieron andar por caminos contrapuestos a los de la alianza. La ruptura de la alianza por el pueblo desencadenó los males de un mundo creado bueno y en armonía. A pesar de todo, Dios ni cesó ni cesará de tomar la iniciativa. Como Buen alfarero, del mismo barro, hará una ánfora nueva, una ciudad nueva, un pueblo nuevo. Por ello sigue diciendo: «Heme aquí, heme aquí». «El Dios del Amén». Y así se cierra la promesa del Señor

> ***Me he dejado consultar por los que no preguntaban, me han encontrado los que no me buscaban; he dicho: «Heme aquí, heme aquí» a un pueblo que no invocaba mi nombre***. Tenía mis manos extendidas todo el día hacia un pueblo rebelde, que va por mal camino, detrás de sus proyectos, un pueblo que me irrita sin cesar, sacrifica en los jardines y ofrece incienso sobre ladrillos, que encuentra su morada en los sepulcros, y que duerme en cavernas, come carne de cerdo y en sus tazas un caldo repugnante. Decían: «Retírate, no te acerques, pues quedarías consagrado». Estas cosas provocan el humo de mi cólera, un fuego que arde todo el día.
>
> ***Quien sea bendecido en el país, será bendecido por el Dios del Amén, y quien jure en el país, jurará por el Dios del Amén, porque se olvidarán las angustias del pasado y quedarán ocultas a mis ojos***».
>
> Mirad: ***voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra***: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. ***Regocijaos, alegraos*** por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén «alegría», y a su pueblo, «júbilo».
>
> No se fatigarán en vano, ni tendrán hijos para una catástrofe, porque serán semilla bendita del Señor, y como ellos sus retoños. Antes de que me llamen yo les responderé, aún estarán hablando, y ya los habré

> escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos, el león y el ganado comerán forraje la serpiente se nutrirá de polvo. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo, dice el Señor. (Is 63, 7-65, 25)

El profeta presenta así la fuente de la verdadera e inquebrantable esperanza de Israel. Dios no cesa de tomar la iniciativa para buscar a los suyos, a pesar de que el pueblo le da, una y otra vez, la espalda.

El Señor, en su amor y pedagogía paterna, respeta y asume siempre la libertad de las mediaciones humanas. A los humanos nos cuesta entender esta verdad: Dios no quiere siervos, sino «hijos que no engañarán», pero el mal uso de la libertad hace que necesitemos de la corrección del amor paterno. Así nos lo recuerda la carta a los hebreos: «Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos. Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos.» (Heb 12, 5-8) No nos desanimemos. Necesitamos ser corregidos a lo largo de toda la vida, como personas y como pueblo de la alianza. No veamos la corrección como el castigo de un dios indignado al estilo de los ídolos fabricados por los hombres religiosos, para imponerse y hacer vasallos de los ignorantes.

## II.- LAS ORACIONES PENITENCIALES EN LOS LIBRO DE DANIEL Y NEHEMÍAS

En el libro de Daniel se encuentran dos oraciones penitenciales sugerentes y de suma importancia: la de Azarías y la del propio Daniel. Después veremos la oración de Nehemías.

### 1.- La oración de Azarías.

La oración de Azarías tiene lugar mientras los jóvenes caminaban en el horno, en medio de las llamas, sin quemarse y acompañados de un ángel. Es un canto de alabanza y confesión a un tiempo.

El libro de Daniel pertenece a la apocalíptica. En él se desarrolla una historia de salvación, recurriendo a la ficción narrativa y a la alegoría. Es un lenguaje cifrado. Fue escrito, según los sabios, durante la persecución religiosa de Antíoco IV (175-163), después del 167 y algo antes de la muerte del opresor. Leo el texto y hago un breve comentario al mismo.

> Ellos caminaban en medio de las llamas ***alabando a Dios y bendiciendo al Señor***. Puesto en pie, Azarías oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo: «***Bendito eres***, Señor, Dios de nuestros padres, digno de alabanza y glorioso es tu nombre. ***Porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros y todas tus obras son verdad, y rectos tus caminos, y justos todos tus juicios***. Has decretado sentencias justas en todo lo que has hecho caer sobre nosotros y sobre la ciudad santa de nuestros padres, Jerusalén, pues lo has hecho con rectitud y justicia a causa de nuestros pecados. ***Porque hemos pecado y cometido iniquidad apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido, sin obedecer tus mandatos***. No los hemos guardado, ni puesto en práctica, como se nos mandó para que nos fuese bien. Cuanto has hecho recaer sobre nosotros y cuanto nos has hecho, lo has hecho con verdadera justicia. ***Nos has entregado en poder de enemigos impíos, los peores adversarios, y de un rey injusto, el más inicuo en toda la tierra***. Ahora no podemos abrir la boca, vergüenza y oprobio abruman a tus siervos y a quienes te adoran. ***Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia***. Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas. ***Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados***. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia. Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados. ***Que este sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu***

> ***presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados. Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos, y buscamos tu rostro; no nos defraudes, Señor; trátanos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu nombre, Señor***. Sean confundidos cuantos traman maldad contra tus siervos; sean avergonzados, sin poder ni dominio, y su fuerza sea arrebatada. Sepan que tú eres el Señor, el único Dios, glorioso sobre toda la tierra». (Dan 3, 24-45)

La oración bendice y alaba a Dios, afirmando su justicia y confesando las culpas del pueblo elegido por él. Azarías ora y bendice al Señor de la historia en nombre de la comunidad perseguida por el tirano. Frente a la justicia divina, a su elección y fidelidad, la comunidad confiesa su iniquidad, injusticia e infidelidad. Así se afirma la grandeza del Señor. Es una invitación a la conversión y la fe en el Dios que no falla. Él es la esperanza que no defrauda. El reinado de Dios postula conversión y fe, como enseña Jesús. (cf. Mc 1, 14-15)

La argumentación que desarrolla la oración es muy significativa. En medio de las llamas, el orante canta la fidelidad y amor misericordioso del Señor. Él eligió al pueblo de Israel por pura gracia. Siempre lo condujo con justicia y misericordia, a pesar de la infidelidad del pueblo. Azarías invoca, por otra parte, las promesas hechas por el Señor. San Agustín comentaba que Dios es nuestro mayor deudor, pues nos ha hecho tantas promesas que las irá cumpliendo de manera insospechada a lo largo de la historia.

La oración de Azarías hace memoria de la situación de persecución; invita a la conversión y pide al Señor que libere al pueblo de la opresión. El orante confiesa que el pueblo ha faltado a los compromisos de la alianza y pide que Dios siga siendo el Dios del Amén, el padre y pastor como confesó Isaías. Israel ora desde la conciencia de su pequeñez y de la elección divina. La mediación humana, por otra parte, se excedió como instrumento de Dios, para corregir al pueblo de su desatino, rebelión y pecado.

La oración de Azarías en medio del fuego de la persecución religiosa nos invita a verificar la calidad de la oración personal y comunitaria. La comunidad orante está vuelta hacia Dios, para bendecirlo y pedir que reine con justicia, santidad y misericordia en medio de la historia del pueblo de dura cerviz.

La oración no puede ser un simple lamento de nuestra situación. En ella debemos reconocer nuestro pecado, que nos avocó a la enemistad, a un mundo injusto. La culpa no es sólo del tirano, sino también de cuantos no caminamos en la verdad y el amor. Todos contribuimos con nuestros pecados a la injusticia reinante en el mundo, al levantar el muro de la enemistad, que Cristo, como dice el apóstol, destruye en la cruz.

**2.- La oración de Daniel en solidaridad con todo su pueblo.**

> ***Oré al Señor, mi Dios, y le hice esta confesión***: «***Ay, mi Señor, Dios grande y terrible, que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandamientos. Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos***. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. ***Tú, mi Señor, tienes razón y a nosotros nos abruma la vergüenza, tal como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel***, a los de cerca y a los de lejos, en todos los países por donde los dispersaste a causa de los delitos que cometieron contra ti. Señor, nos abruma la vergüenza: a nuestros reyes, príncipes y padres, porque hemos pecado contra ti. Pero, ***mi Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona, aunque nos hemos rebelado contra él***. ***No obedecimos la voz del Señor, nuestro Dios***, siguiendo las normas que nos daba por medio de sus siervos, los profetas. ***Todo Israel faltó a tu ley y se desvió sin escuchar tu voz***; por eso han caído sobre nosotros la maldición y el juramento escritos en la ley de Moisés, siervo de Dios, pues hemos pecado contra él. Él ha cumplido las palabras que pronunció contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaban, enviándonos una calamidad tan grande que no ha habido otra bajo el cielo como la que ha sucedido en Jerusalén. ***Ha caído sobre nosotros toda esta desgracia según está escrito en la ley de Moisés, y no hemos aplacado al Señor, nuestro Dios, convirtiéndonos de nuestros crímenes y reconociendo tu verdad***. El Señor estuvo atento a la desgracia y la trajo sobre nosotros, ***porque el Señor, nuestro Dios, es***

> ***justo en todo lo que hace y no hemos escuchado su voz***. Ahora, mi Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de Egipto con mano fuerte y te hiciste un nombre como el que hoy tienes, hemos pecado y obrado inicuamente. ***Señor mío, según toda tu justicia, retira, por favor, tu ira y tu furor de tu ciudad de Jerusalén***, tu monte santo, porque, por nuestros pecados y por los crímenes de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son afrenta ante todos los que nos rodean. ***Escucha ahora, Dios nuestro, la oración de tu siervo y sus súplicas, y por tu honor haz brillar tu rostro sobre tu santuario asolado, mi Señor***. Ay, mi Señor, inclina tu oído y escúchame; abre los ojos y mira nuestra desolación y la ciudad que lleva tu nombre; pues, al presentar ante ti nuestras súplicas, no confiamos en nuestra justicia, sino en tu gran compasión. ***Escucha, Señor; perdona, Señor; atiende, Señor; actúa sin tardanza, Señor mío, por tu honor, pues tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo***». (Dan 9, 4-19)

La oración de Daniel se presenta, de algún modo, como la voz del pueblo elegido en pleito con el Señor. Israel piensa que Dios lo ha abandonado, al tiempo que reconoce su culpa. El pueblo no ha sido fiel a las clausulas de alianza de amor y gracia, que Dios había pactado con él. De esta forma la oración adquiere un verdadero sesgo dramático. En el drama triunfa la benevolencia de Dios. El orante confiesa su pecado y que cuanto sucede es justo dado el comportamiento del pueblo. Dios es justo y fiel.

Así se pone de relieve las características de una oración realmente auténtica: la confesión del Dios justo, fiel y misericordioso, como lo atestigua la historia del origen y andadura del pueblo. A continuación sucede la confesión y reconocimiento del pecado del pueblo, en el cual están incluidos también los jefes y sacerdotes que el Señor estableció al frente. Finalmente el orante suplica al señor que manifieste, una vez más y sin tardanza, el poder de su amor por el pueblo oprimido por los poderes de este mundo. La petición no está basada en los méritos o bondades del pueblo pecador ni en la maldad de los opresores de este mundo, sino en el nombre del Señor, esto es, en la justicia y amor de quien se apegó aIsrael, estableciendo con él las alianzas de la promesa de la Ley. Es importante darse cuenta de ello.

Estas oraciones, por otra parte, están invitándonos a considerar nuestras oraciones personales y comunitarias. Desde la novedad del Nuevo Testamento, tal como se presenta en la oración dominical, conviene que nos interroguemos cómo estamos viviendo la oración en cuanto alabanza de Dios y confesión de nuestro pecado, para que la santidad de Dios se manifieste a los pueblos, para que venga a nosotros el reino de Dios, para que su voluntad se realice en el cielo y la tierra.

La oración dominical es un verdadero programa de vida y de acción evangelizadora en el mundo amado por Dios. Quien se adentra en ella, deja de ser el centro, para ponerse al servicio de Dios y caminar con realismo y solidaridad al servicio de los hermanos. El orante no vive replegado sobre sí mismo, sino que sabe que su realización depende de Dios y de los demás.

**3.- La oración penitencial de Nehemías.**

Nehemías era **levita y copero del rey de Persia**. El judío había sido elegido para cuidar que el rey no fuera envenenado. Era alguien que estaba siempre al lado del rey. Él seguía atento a la vida de los que habían quedado en Israel. Ante las tristes noticias que le llegaban, ora y ayuda. Con el favor del rey, vuelve a Jerusalén. El pueblo lo está pasando mal y la muralla de la ciudad está en ruinas. Es una forma de hablarnos de la desolación del pueblo amado por Dios. Un pueblo indefenso. Nehemías ora como siervo del Señor. He aquí dos momentos de su oración

> Al oír estas palabras me senté y me puse a llorar. Hice duelo algunos días, ayunando y orando ante el Dios del cielo. Y dije: «¡***Oh Señor, Dios del cielo, Dios grande y terrible, que guardas la alianza y la fidelidad con los que te aman y observan tus mandamientos***! ***Estén tus oídos atentos y abiertos tus ojos para escuchar la plegaria de tu siervo, que yo proclamo ahora ante ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos, confesando los pecados que los hijos de Israel han cometido contra ti. Porque la casa de mi padre y yo hemos pecado***. Hemos obrado muy perversamente contra ti y no hemos guardado

los mandamientos, las leyes y los preceptos que tú habías dado a Moisés, tu siervo. Por favor, recuerda la palabra que diste a Moisés, tu siervo: "***Si sois infieles, os dispersaré entre las naciones; pero si os convertís a mí y guardáis mis mandamientos y los cumplís, aunque vuestros desterrados estuvieran en el extremo de los cielos, los recogeré de allí y los conduciré de nuevo al lugar que he escogido para morada de mi nombre***". ***Estos son tus siervos y este tu pueblo, a quienes has redimido con tu gran poder y tu fuerte brazo***. ¡Oh Señor!, te pido que estén atentos tus oídos a la oración de tu siervo y a la súplica de tus servidores, que quieren ser fieles a ti. Concede éxito a tu siervo y haz que tenga buena acogida ante ese hombre». En aquel momento yo era copero del rey. (Neh 1, 4-11)

Ahora, ¡oh Dios nuestro!, Dios grande, poderoso, terrible, ***que guardas la Alianza y la misericordia***, no desdeñes la desgracia que ha caído sobre nosotros, nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes, nuestros profetas, nuestros padres y todo tu pueblo, desde la época de los reyes de Asiria hasta el día de hoy. ***Has sido justo en todo lo que nos ha sobrevenido, porque has actuado con tu lealtad, y nosotros, en cambio, con maldad***. Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros antepasados no cumplieron tu ley ni obedecieron tus mandamientos y las normas que tú les habías dado. Ellos, cuando ocupaban su reino, no te sirvieron ni se arrepintieron de sus malas acciones, a pesar de los abundantes bienes que tú les concedías, en esta tierra ancha y feraz que tú habías puesto a su disposición. Ahora nosotros mismos somos esclavos. ***Estamos esclavizados*** en el país que diste a nuestros padres para que comieran de sus frutos y sus bienes. ***Sus muchos frutos son para los reyes que nos has impuesto por nuestros pecados***. Ellos hacen lo que quieren con nosotros y con nuestro ganado. Por eso estamos tan angustiados. (Neh 9, 32-37)

Nehemías llora ante la situación en que se encuentra el pueblo. Reconoce que el pueblo no ha sido fiel a la alianza, que Dios estableció con él. El pecado es ruptura de comunión con el Dios de la alianza y también con el pueblo. El orante suplica que el Señor escuche y vea la situación trágica del pueblo, para que intervenga de acuerdo con la alianza de la promesa. El orante recuerda al Señor la historia. Una vez más, el orante se apoya en la palabra dada por Dios, para pedir clemencia para el pueblo elegido. La oración es la expresión del amor por el pueblo y también del compromiso para trabajar por su conversión y restauración. ¡A Dios rogando y con el mazo dando!

Los evangelios narran cómo Jesús lloró por la cerrazón de la ciudad, para acoger la visita de Dios en su persona, para acoger la paz que se le ofrecía. «Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita». (Lc 19, 41-44) En la cruz ora al Padre por cuantos lo rechazan y crucifican, judíos y paganos, para que no tenga en cuenta su pecado. «Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». (Lc 23, 33-34)

Jesús llora, alerta, suplica y da la vida para que no se tenga en cuenta su pecado. Y así volvemos, una vez más al texto paulino que inspira estas meditaciones. «Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. (2Cor 5, 18-19)

## III.- CONSECUENCIAS PARA NUESTRA VOCACIÓN Y MISIÓN.

Por la gracia bautismal, el creyente participa del sacerdocio de Cristo, de su intercesión por el mundo. El cultivo de nuestro carisma sacerdotal nos obliga a vivir una perenne intercesión en favor del mundo. En el

sermón de la llanura, después de proclamar las bienaventuranzas, Jesús añade: «A vosotros los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.» (Lc 6, 27-28) Pablo recordaba a la comunidad de los discípulos cómo debía responder ante los que la perseguían. «Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran.» (Rom 12, 12-15) El Concilio Vaticano II recordó al pueblo sacerdotal:

> Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del genero humano y de su historia. (GS 1)

**1.- La intercesión sacerdotal desde la solidaridad con el mundo.**

Como partícipes que somos del sacerdocio de Cristo debemos unirnos a su intercesión por el mundo. Él lo hizo cargando con el pecado del mundo. Nosotros estamos llamados a hacerlo desde nuestra condición de pecadores junto con los demás. Si Jesús lloró por la ciudad que no acogió su visita favorable, oremos con una actitud profunda de conversión, pues con nuestros pecados acrecentamos de alguna manera la infidelidad de la humanidad. Somos personas de labios manchados en medio de un pueblo de labios manchados. Pidamos ser purificados de nuestros pecados personales, de los pecados de nuestras comunidades y del mundo entero. Es una condición importante, para seguir anunciando el perdón y la reconciliación de Dios a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La evangelización es mucho más que la propuesta de una moral. Es el anuncio del perdón y reconciliación que nos ofrece el Padre mediando la Pascua del Hijo, que asumió nuestra carne, para darnos a todos vida nueva.

Nuestra intercesión y oración comunitaria debe situarse en la dinámica profunda de la historia de la salvación, ensanchando nuestro horizonte. Oremos descentrados de nosotros mismos. Oremos como comunidad filial y fraterna, como nos enseña la oración dominical.

**2.- Testigos de la justicia y paciencia divinas.**

La justicia y la paciencia divinas se han revelado plenamente en la Pascua del Hijo. Y, por tanto, los miembros de la Iglesia estamos llamados a vivir y proclamar la justicia y paciencia del Señor en medio de un mundo con querencia de apostasía, como ya dijo el profeta Oseas. Pablo lo explicitó en estos términos: «Pero ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús. Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús.» (Rom 3, 21-26)

Para dar testimonio de la justicia y paciencia de Dios es preciso estar dispuestos en todo momento a perdonar y trabajar en la reconciliación de las personas, grupos, comunidades, religiones, pueblos y culturas. Es una tarea inmensa la que se nos plantea como Iglesia, en la que debemos implicarnos cada uno de sus miembros de acuerdo con nuestra vocación y misión. Ser testigos de la justicia y paciencia de Dios en medio de la sociedad secular forma parte de nuestro carisma, es decir, de nuestra consagración secular.

Con humildad y sin avergonzarnos, por el hecho que también nosotros necesitamos ser perdonados y reconciliados, debemos ofrecernos como el profeta, para mostrar la justicia, paciencia y santidad de Dios en medio del pecado y la injusticia de nuestro mundo. Oremos en comunidad. La reconciliación y perdón debe comenzar por los de casa.

**3.- La vivencia del sacramento de la reconciliación.**

No debemos olvidar la sacramentalidad de la Iglesia ni la dimensión comunitaria de los sacramentos de la Iglesia. En ellos actúa la gracia que alcanza a toda la humanidad. Y esto también es válido para el sacramento de la reconciliación, aun cuando la confesión de los pecados reclame discreción y secreto.

Cuando acudimos al sacramento del perdón y la reconciliación lo hacemos en solidaridad con la humanidad entera. Por ello confesamos nuestro pecado personal y el pecado del mundo del que participamos de alguna manera. Y lo mismo sucede en la celebración eucarística. La fe apostólica nos recuerda que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Todo esto nos está invitando a salir de un cierto individualismo, para vivir en la dinámica propia de los hijos de Dios, esto es, como miembros de la nueva alianza sellada en la sangre del Hijo. Así lo celebra sin cesar la Iglesia en la Eucaristía, el sacramento de la fe, del amor y de la esperanza. En ella celebramos la Pascua del Señor hasta su vuelta en gloria.

Eb este sentido, quiero concluir con la lectura de un texto del Catecismo de la Iglesia Católica, en el que se nos recuerda la relación entre la Eucaristía y la Penitencia, citando al Concilio de Trento.

> *Eucaristía y Penitencia*. La conversión y la penitencia diarias encuentran su fuente y su alimento en la Eucaristía, pues en ella se hace presente el sacrificio de Cristo que nos reconcilió con Dios; por ella son alimentados y fortificados los que viven de la vida de Cristo; "***es el antídoto que nos libera de nuestras faltas cotidianas y nos preserva de pecados mortales***" (Concilio de Trento: DS 1638). (n. 1436**)**

Concluyamos con la fórmula trinitaria de la absolución del sacramento de la reconciliación. «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». ¡Maravilloso!